

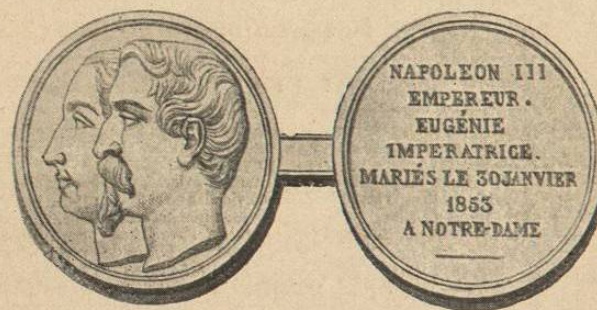
berana pantorrilla... que sirvió para que el Príncipe Presidente se dirigiera á ofrecerle su mano, cesando en las vacilaciones que le traían discursivo tiempo hacía.

En los días del *golpe de estado*, Napoleón indicó á su novia la conveniencia de que se marchara á España, no queriendo quedara expuesta á las consecuencias de una aventura que podía ser fatal. Ella aceptó, pero no sin manifestar al Príncipe que, cualesquiera que fueran los resultados del suceso, ella aguardaría á su prometido con el mismo amor de siempre.

No obstante, Napoleón dudó mucho antes de hacer la notificación oficial de su matrimonio á los altos cuerpos del Estado. Conocía que la duquesa era tan escrupulosa como si hubiera sido madre de actriz, y que deseando colocar ventajosamente á su hija, era capaz de entregarla al príncipe, ministro ú hombre de gran viso que la quisiera con cualquier objeto. Sabía que en su odisea por balnearios y ciudades populosas, Eugenia había despertado la admiración y encendido los deseos de muchos, y temía enlazar su vida y los destinos de Francia á una mujer indigna. Se dice que días antes de la boda le exigió Napoleón, no una confesión de su existencia pasada, sino la respuesta á esta pregunta: «¿No habéis dejado de ser la señorita de Montijo?» y que como ella sostuviera que merecía seguir llamándose así, no vaciló más el novio.

Todavía tuvo que vencer Napoleón otra enemiga más terrible: la de su familia. El príncipe Napoleón, según parece, le dijo apeándole el tratamiento:

— Sé que tratas de casarte con la señorita de Montijo, que no es sino una aventurera de alto porte, una estrella de las playas del Mediterráneo... No hagas tal; ese matri-



Medalla acuñada con motivo del matrimonio de Eugenia y Luis Napoleón. (De una ilustración de la época)

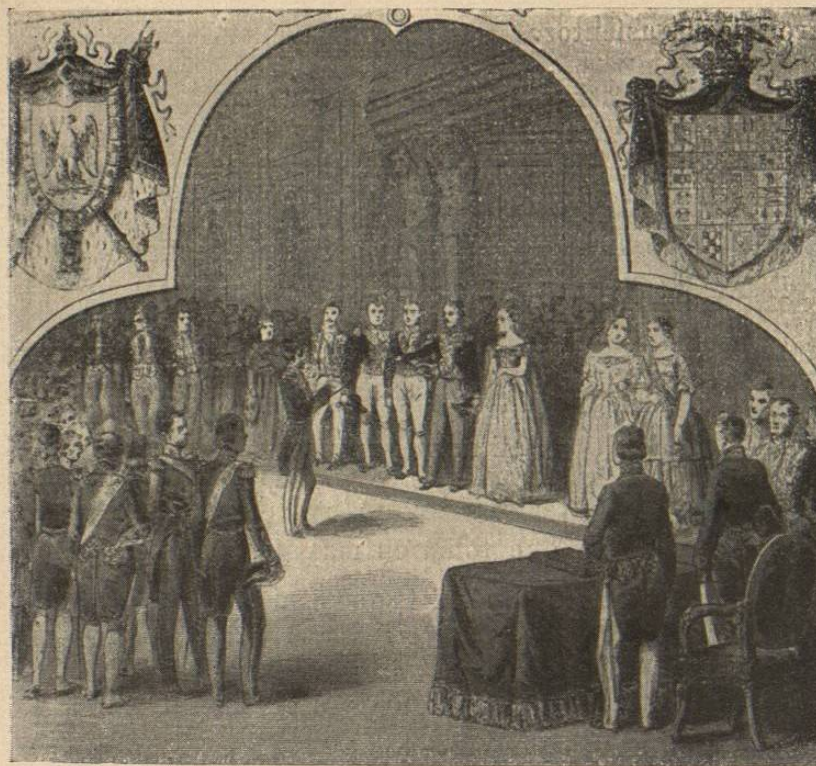
monio sería tu desgracia y la de nuestra dinastía... Comprendo que te agrada; también me gusta á mí... Convengo en que es manjar digno de rey, pero no es menester que te cases... Págala á buen precio, haz locuras por ella, pero no te cases.

Sin embargo, el 22 de Enero reunió el emperador en la Sala del Trono á los ministros, senadores, mariscales, almirantes y obispos, y les participó su resolución de dar su nombre á la señorita de Montijo, «francesa por el alma, por la educación y por el recuerdo de la sangre que derramó su padre por la causa del Imperio, y que no



Trajes del Emperador y la Emperatriz en la ceremonia nupcial
(De un periódico ilustrado de aquel tiempo)

tiene, como española que es, familia á quien haya que dar honores y dignidades. Dotada de todas las prendas del alma, será el ornato del trono, así como en el día del peligro será su más fuerte apoyo. Católica y piadosa, dirigirá al cielo sus ruegos por la felicidad de la Francia; amable



Matrimonio del emperador Napoleón III en las Tullerías
(De una Ilustración de la época)

y bondadosa, hará florecer en ese puesto las virtudes de la emperatriz Josefina...

El 29 de Enero se efectuó el matrimonio civil. Nosotros, á causa de nuestra posición casi oficial, concurrimos en unión de todos los diplomáticos y cónsules, y desde la Sala de los mariscales notamos cuanto pasó. El ministro de Estado y de la casa imperial se puso en pie y dijo:

« En nombre del Emperador ».

El Emperador y la que iba á ser Emperatriz se levantaron de sus asientos.

« Señor:

¿Vuestra Majestad declara tomar en matrimonio á su Excelencia la señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que está presente?»

El Emperador contestó:

« Declaro tomar en matrimonio á la señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, que está presente ».

En seguida dijo el ministro:

« ¿Señorita doña Eugenia de Montijo, condesa de Teba, Vuecencia declara que toma en matrimonio á su Majestad el emperador Napoleón III, que está presente?»

Su Excelencia respondió:

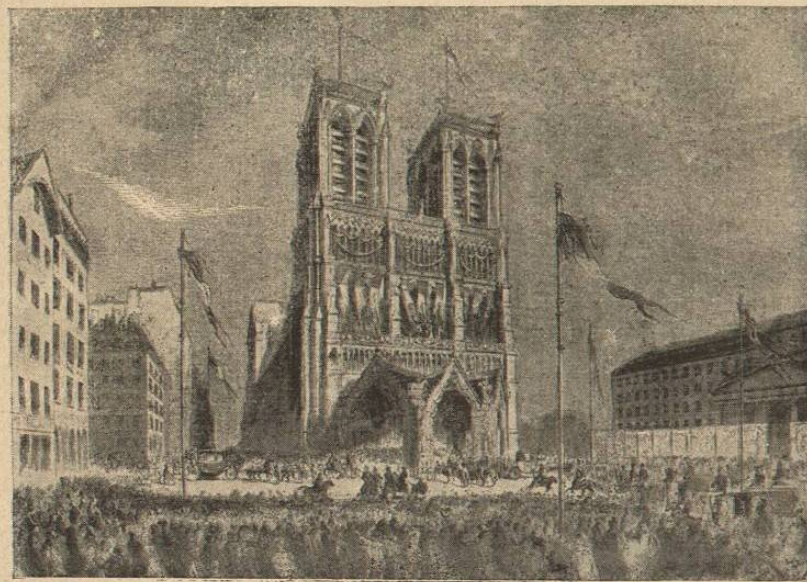
« Declaro tomar en matrimonio á Su Majestad el Emperador Napoleón III, que está presente ».

Entonces el ministro pronunció esta fórmula:

« En nombre del Emperador, de la Constitución y de la Ley, declaro que su Majestad Napoleón III, Emperador de los franceses por la gracia de Dios y la voluntad nacional, y su Excelencia la señorita Eugenia de Montijo, condesa de Teba, están unidos en matrimonio ».

Luego los criados acercaron la mesa en que estaba el gran registro de la casa imperial y que sólo contenía otras dos actas: la de adopción del príncipe Eugenio por Napoleón I, y la del nacimiento del rey de Roma. Luego que

Sus Majestades, sin abandonar sus asientos, firmaron el acta, siguieron la condesa de Montijo, el rey Jerónimo, el príncipe Napoleón, la princesa Matilde, los príncipes



Exterior de la iglesia de Nuestra Señora el día del matrimonio de Napoleón III con Eugenia de Montijo. (De un periódico de aquel tiempo)

Bonapartes, Murats y Bacciochi y los cardenales, arzobispos, obispos, mariscales, ministros, grandes dignatarios de la casa imperial y los duques de Osuna y de Alba.

El 30 fué el matrimonio religioso en Nuestra Señora. ¡Qué gentío tan inmenso! Sociedades obreras con sus estandartes, veteranos del Imperio, diputaciones de doncellas vestidas de blanco, la guardia nacional, el ejército, todo lo que encierra la gran ciudad se encontraba en la

carrera que debían seguir los soberanos. La Catedral, adornada por Viollet le Duc, lucía banderolas y gallardetes, que ocultaban casi todas las salientes y molduras, destacándose en la puerta principal las dos estatuas colosales de Carlo Magno y Napoleón. El interior de la iglesia brillaba como un diamante: 15,000 bujías ardían arrancando con sus titilaciones nuevas muecas á las jetas de grifos y demonios, iluminando los tréboles y las mitras, reflejándose en los escudos, llenando de gloria los ojos de los santos que reposaban en los altares y vistiendo con luz de vida las facciones afiladas, las manos que empuñaban pesados montantes y hasta los lebreles que reposaban al pie de las estatuas yacentes de héroes y benefactores.

A la una anunció el redoble de los parches la llegada de la Emperatriz y del Emperador. No pude verles sino cuando ya habían subido al altar. Napoleón III vestía uniforme de teniente general; Eugenia llevaba vestido de seda blanca, velo de encaje inglés y diadema y cinturón de diamantes. Cuando concluía la ceremonia, se oyó un estrépito que semejaba un cataclismo, una serie de ruidos que, sin saberse de dónde partía, resonaba por todas las bóvedas, se introducía á todos los oídos, dominaba todos los rumores y al fin se cambiaba en una melodía dulce y blanda, que acompañaba la *vox infantilis* del órgano monstruoso de Nuestra Señora; era el *Domine, salvum fac imperatorem*, que Auber había compuesto para esta solemnidad...

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

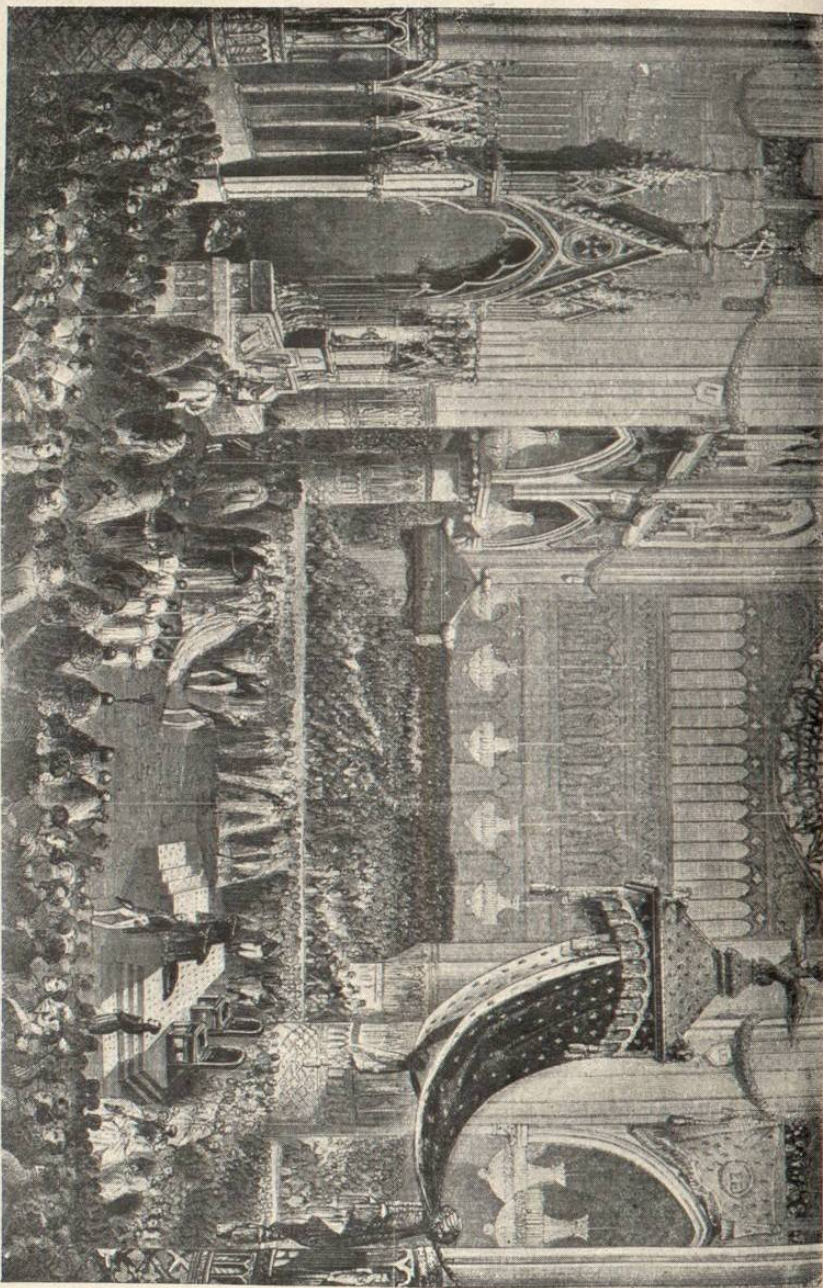
¡Sí, que Dios salve al Emperador, que es la esperanza de toda nuestra raza! ¡Que Dios le ayude y le favorezca en sus empresas y le dé ventura en lides!

Nosotros, aunque ruedas pequeñísimas en esta inmensa maquinaria administrativa, no podíamos permanecer sin empleo cuando la catalina se movía. Hubo fiestas á qué quieres boca, bailes de beneficencia, banquetes, rifas, paseos y alegría general.

Todavía recuerdo el gran baile del Hotel de Ville, en que me admiró la inmensa cantidad de uniformes, de casacas bordadas y de calzones cortos. Había tres orquestas atronadoras, como las que se usan en Francia para los bailes; el gentío era inmenso, al grado que venían estrechos los cuatro grandísimos salones destinados á contener la concurrencia, y que, mientras en un lugar se bailaba vals ó redowa, en otro se tejían contradanzas y polkas. La concurrencia era cosmopolita: italianos, rusos, argentinos, americanos, mexicanos y hasta turcos y chinos.

En el baile de la Opera Cómica dancé hasta sentirme rendida, y cuando pasé á mi palco, pude contemplar en el inmediato á la famosa Rachel, la gran artista que ha resucitado el teatro de Racine y de Corneille. Llevaba un admirable aderezo de diamantes, que brillaba menos que sus ojos húmedos de judía, estrellas dentro de la cisterna, como dijo el poeta.

El baile que ofreció el Senado á la Emperatriz, fué el



Interior de la Catedral de Nuestra Señora, el día del matrimonio de Napoleón III y Eugenia de Montijo
(Tomado de una Ilustración de la época.)

número mejor de aquella temporada de festejos. El salón del trono, improvisado en el viejo Palacio de María de Médicis, era encantador: las innumerables damas vestidas de colores brillantísimos, los mil espejos en que se reflejaban bustos y espaldas, los tapices severos é imponentes, el huertecillo colocado en el centro, de donde manaban en abundancia aguas vivas y un torrente de dulcísimas armonías; el dosel rojo sembrado de abejas de oro, las grandes águilas que sostenían el trono, todo, en fin, era para producir el embebecimiento hasta en gentes que hubieran visto más que yo.

Cuando los Emperadores entraron al salón, todos nos olvidamos de la etiqueta para verles: hubo muchos achuchones, muchos gritos, muchos trajes rotos y mucho desorden; pero todos pudimos ver á Napoleón y á Eugenia cuando bailaron el rigodón de honor, la una con Mr. Billault, presidente del Senado, y el otro con la mujer de aquél.



CAPITULO II

Mexicanos en Paris y parisienses en México

ENERO 20 de 1861.

Seis meses cabales era mayor que yo mi amiga íntima Paquita Agüero, hija de don Francisco y de doña Antonia González Echeverría. Recuerdo haber conocido en mi niñez á don José y á don Angel González, hermanos de la señora, ricos banqueros y amigos íntimos de mi casa. Eran rubios como unas candelas, altos, bien formados, de fisonomías hermosas y nobles. Antoñita había sido una de las damas más bellas de Veracruz, y Paquita, mi amiga, poseía la gracia, la hermosura y la bondad de su madre. Era de pequeña estatura, blanca, pálida, de grandes ojos negros y de mirada lánguida.

El 47, pocos días después del nacimiento de mi Euge-